

Exorcizar la locura

Megan B.

Número de ejercicio: 3

Azul

–¿Quién eres tú? –dijo la Oruga.

No era una forma demasiado alentadora de empezar una conversación. Alicia contestó un poco intimidada:

–Apenas sé, señora, lo que soy en este momento... Si sé quién era al levantarme esta mañana, pero creo que he cambiado varias veces desde entonces.

–¿Qué quieres decir con eso? –preguntó la Oruga con severidad–. ¡A ver si te aclaras contigo misma!

–Temo que no puedo aclarar nada conmigo misma, señora –dijo Alicia–, porque yo no soy yo misma, ya lo ve.

(Alicia en el País de las Maravillas – Lewis Carroll)

No sé quién soy. Ni siquiera soy lo suficientemente yo para escribir por mi cuenta lo que pienso.

Soy Tímida. No del tipo de persona que murmura cosas en un intento de entablar conversaciones; sino más bien del tipo que puede pararse frente a un grupo de 30 personas y hablar decentemente de cierto tema, pero que si ve a un conocido en la calle se cruza para no decirle “hola”. Soy tímida del tipo de persona al que le da miedo hablar por teléfono, que busca en internet: “¿Cómo hacer amigos?” y se inscribe a mil cosas, pero nunca asiste por preferir quedarse en casa.

Soy Atelofóbica, lo cual quiere decir que tengo un miedo atroz a no ser lo suficientemente buena. ¿Para quién? ¿Para qué? Eso no es importante. Tengo miedo de no ser buena hija, o buena amiga, o buena novia, o buena estudiante, o buena maestra, o buena paciente, o buena yo misma. Tengo miedo de

equivocarme, tengo miedo de fallar, tengo miedo de que lo que soy y lo que hago no esté valiendo la pena.

Soy Nerd. A veces las personas lo confunden con inteligencia. No, soy soy nerd. Soy puntual y soy responsable. Me gusta leer y estudiar y hacer las cosas tal y como dicen los maestros. Por eso siempre saco buenas calificaciones, Sé que se espera de una buena estudiante y eso hago. Me aferro a mis dieces porque es lo único que sé hacer bien. Creo que en algún momento se me metió la idea de que si no sacaba diplomas no me iban a querer; o que podía ser especial, o que todo iba a estar bien mientras sacara las mejores notas.

Soy Incoherente. No sé quién soy, entonces cada intento por definir mi persona, mis ideas o mis sentimientos termina en contradicción. No sé si es porque cambio tan vertiginosamente que no alcanzo a asirme de nada en concreto. No me pidan argumentos sobre las creencias que defiendo porque ni yo los sé.

Soy Apasionada. Cuando algo me gusta puedo pasar horas sin parar investigando, leyendo, viendo sobre eso. Soy una excelente fan porque mi nivel de apasionamiento es infinito. De igual manera, cuando amo a alguien lo hago con todo mi ser y mi mundo puede girar alrededor suyo.

Soy Tania, y es de lo único que estoy segura. Soy azul, aunque ahora sé que el mundo tiene más colores y con el compañero indicado puedo ser más bien morada. Soy demasiado sensible, tengo un altavoz de emociones; los psiquiatras le dicen Trastorno Límite de Personalidad. Yo sólo sé que lloro todo el tiempo, porque es el único medio de expresión que conozco. Intento ser yo misma. Siempre sentada en medio: demasiado normal para los raros pero demasiada rara para los normales.

No soy bruja ni sirena, y es la primera gran desilusión de mi vida. Crecí viendo series como “La bruja desastrosa”, “Sabrina, la bruja adolescente” o “Hechiceras”; leyendo cómo hacer hechizos en revistas baratas y haciéndolos (en el peor de los casos).

No tengo poderes ni conocimientos de sabiduría ancestral. Aunque me gusta pensar que todas las mujeres tenemos algo de mágicas en esta conexión con la Tierra y la Luna (siempre que nos permitamos fluir y sentir) ... quizá no hemos entendido bien a bien qué es una bruja.

No soy quién me gustaría ser.

Me da miedo volver a caer, que los pensamientos autodestructivos regresen, no hacer las cosas bien. que me abandonen y me reemplacen por alguien mejor, estar sola, sufrir, morir sin haber hecho algo bueno de mi vida y habérmela pasado procrastinando todos los días. Me da miedo vivir porque no sé cómo hacerlo.

Sin embargo... aquí sigo.

Número de ejercicio: 5

A través del espejo

Muchos años estuve peleando con la del otro lado del espejo. Una canción que escuchaba mucho en esa época dice "I can't remember the last time I've seen my own eyes or the color of my skin / Do you know what it's like to feel ugly all the time?". El estereotipo de mujer nos pone viéndonos todo el día en el espejo para confirmar que nuestro maquillaje y vestido estén perfectos; las formas más sutiles de esclavización. Sin embargo, hubo un tiempo en el que yo evitaba verme lo más posible. Incluso hoy en día no puedo evitar cerrar los ojos mientras me lavo los dientes... aunque ahora puedo volver a abrirlos y sonreír.

Hablo de mi imagen física porque tiene relación con la percepción completa de mí; ya habrá otra ocasión para hablar de cómo me perciben los demás. No sé en qué momento de la infancia una se da cuenta de cómo es. Los recuerdos más lejanos son percatándome de que yo no soy ni blanca ni delgada. Mi hermana, tres años mayor que yo, se parece más a mi padre. Ella es alta, de piel clara y cabello negro,

aunque su complexión es igual a la mía; mi media-hermana es de estatura media, piel igualmente clara, pero delgada. Nunca había pensado en esto, pero quizá algo tiene que ver con sentir la atención de mi padre desplazada de mí; siempre he buscado de manera inconsciente su aprobación.

De esta manera, comparándome con las hijas de mi padre y con mi mejor amiga de la primaria (Denise, quien también era de piel blanca y cabello castaño claro), me di cuenta de que no era blanca. Soy morenita, como la mayor parte de los mexicanos. Soy color café con leche.

Lo de no ser delgada lo descubrí cuando en la familia de mi padre siempre se mencionaba “la maldición Rosas”: ser gorda y con grandes caderas. Desde niña me decían que tenía que comer bien y hacer ejercicio para que no me cayera la maldición; pero a todos nos cayó. Menos a mi media-hermana, que pasa 3 horas en el gimnasio todos los días junto a su mamá, quien desde niña le inculcó la importancia de ser delgada. La familia de mi madre es de complexión media yendo más hacia la delgadez, quizá por eso mi abuelita me insistía tanto en que saliéramos a caminar después de comer para “hacer digestión”, o en que dejara de comer tantos dulces.

Pero no funcionó. A los 15 años medía alrededor de metro y medio y pesaba más de 70 kg. Sabía que no era delgada, pero tampoco me considerada gorda. No hasta que la depresión fue profunda. Me sentía triste todos los días y escribía sobre el suicidio en mi diario. Un día simplemente no quise comer. Era 2008 y había pollo rostizado en mi casa; lo tiré a la basura, no sé por qué. O quizá sí, quizá en el fondo quería pertenecer a un lugar y las personas son TLP y depresión también tienen trastornos alimenticios. A los pocos días se me ocurrió vomitar. Fue hasta ese entonces que me percaté de que estaba gorda. ¿Y si ahí estaba el origen de mi malestar?

No era tonta. Sabía perfectamente que adelgazar no iba a cambiar nada. No iba a

ser mejor persona ni las personas me iban a querer más... lo sabía, pero una voz en mi cabeza me decía que tal vez sí. Bajé a 64 kg y toda mi familia me halagaba, todos menos mi mamá que sabía que había algo mal.

Fue el inicio de todo. Me odiaba con todo mi ser. Odiaba mi peso, me odiaba a mí, odiaba la vida. No sabía cómo manejar lo que sentía y entonces comía, y vomitaba y me cortaba los brazos. En realidad, los cortes llegaron 3 o 4 años antes que la bulimia, pero incrementaron.

Una noche de diciembre terminé en el hospital con una intoxicación medicamentosa por una caja de aspirinas. A partir de ahí fui con varios psiquiatras y psicólogos hasta que dejé de odiarme. Han pasado muchos años y muchas terapias fallidas.

¿Cuál es la relación de todo esto con mi imagen en el espejo? Hoy me veo y no me puedo decir cuál es mi complexión. No soy gorda ni tengo sobrepeso, pero no puedo verme como delgada. Frente al espejo sigo sumiendo la panza. Estoy llena de cicatrices en los brazos, en el abdomen y en las piernas. Me cansé de ocultarlas y usar manga larga incluso en los días calurosos, lo que trae consigo las miradas incómodas de las personas en la calle. Algunos me preguntan cómo si no fuera lo bastante obvio. Sigo sin saber qué responder.

Soy morena, no delgada y con cientos de cicatrices. Mi mamá me ha propuesto comprarme cremas o algo. Dudo que funcionen. Ahora también tengo tatuajes. Dentro de mis planes está que me hagan algunos que tapen las cicatrices. No me avergüenzan mis cicatrices, son heridas de batalla; no quiero borrarlas porque gracias a ellas estoy donde estoy. Pero quiero un tatuaje que sea una marca visualmente bonita de lo vivido.

Además, mis ojos son tristes, o “chuecos”, según la perspectiva. Dice mi mamá que desde que nací tengo la mirada triste. Su teoría es que me pasó todas sus emociones mientras estaba embarazada y en proceso de divorcio. También están

un poco saltones, no sé si por genética o por haber nacido con fórceps; y encima no ven bien.

Tengo muchos vellitos. En eso salí a mi mamá. Cuando iba en segundo de primaria una compañera, con toda la inocente crueldad de una niña de esa edad, me preguntó “¿Por qué tienes bigote?”. Probablemente ahí empezó ese trauma. También mi madre ha fomentado eso, creo, diciéndome desde hace años que trabaje para pagarme la depilación láser. No mamá, quiero trabajar para pagarme viajes y libros y comida deliciosa. Seguramente terminaré haciéndolo; y es que mis poros están tan abiertos que no importa con qué me depile (rastrillo, crema, depiladora eléctrica, cera), no dejan de verse puntitos negros. Si me preguntan qué es lo que más odio de mi cuerpo sería eso, la piel, llena de vellos, cicatrices y acné. Aunque ahora estoy en proceso de reconciliación con mi cuerpo; llevo algunas semanas sin depilarme para que mi piel descanse de la tortura eterna y yo me acepte tal y como soy.

Odio la imposición social de una imagen corporal; y odio más que me afecte y ceder ante ella. Mi complejo más reciente es el tamaño de mis pechos. Siempre supe que no eran grandes ni redondos, y mis pezones no son pequeños y rosados como los de las modelos. Pero creí que estaban bien, o que con los años se arreglarían. Entonces, te das cuenta de que ya eres una adulta joven y que a tu pareja le gustan los senos grandes y los tuyos nunca terminaron de crecer.

A veces me pregunto si las demás personas andan fijándose en nuestros defectos o sólo es nuestra paranoia. Cuando voy en la calle o en el transporte público veo a las mujeres a mi alrededor, con sus vellitos y su acné, con sus diferentes cuerpos y cabello y todas me parecen tan hermosas. ¿Por qué yo no soy como ellas? ¿Ellas se preguntarán lo mismo? Quisiera poder verme como las veo.

Número de ejercicio: 10

Mujer

Si me preguntan qué es ser mujer, habiéndolo sido durante más de 26 años, aún no tengo una respuesta; o tal vez sí, pero no tengo ganas de polemizar. De lo que sí estoy segura es que esta palabra ha servido para entenderme en el mundo. Gracias a que el doctor le dijo a mi madre que soy mujer, por ejemplo, me perforaron los oídos recién nacida.

Crecí en un hogar con puras mujeres: mi madre y mi hermana. Desde niña supe que yo me comportaba “más como mujer” que mi hermana; ella le pedía carritos a control remoto a los Reyes Magos, y yo, *barbies*; a mí me gustaba el cabello largo y los vestidos, y ella, cabello corto y pantalones holgados.

Mi madre se divorció cuando estaba embarazada de mí. Sus dos hermanas, mis tías, se divorciaron años después, así que mi abuela siempre me decía que mi padre había hecho llorar mucho a mi madre, y que todos los hombres eran iguales.

Conforme iba creciendo más me daba cuenta de lo que implicaba ser mujer. Yo no podía ir a fiestas o conciertos en la noche. “Si estuviera tu papá... pero somos puras mujeres”. También mi madre siempre dejó en claro los papeles que debía cumplir “¿Cómo es posible que la casa esté sucia viviendo aquí tres mujeres?!”

Es verdad que un tiempo llegó un intruso a vivir a casa y dejamos de ser puras mujeres. También es cierto que no era un intruso, sino la pareja de mi madre. No tengo imágenes nítidas sobre esa época, pero recuerdo la incomodidad de que alguien llegara a arruinar nuestro refugio de mujeres.

En la adolescencia la palabra mujer llegó aunada a la necesidad de aprobación masculina. Como mujer mi vida empezó a girar en torno a gustarles. Soy consciente que la depresión y los trastornos emocionales son multifactoriales, pero ¿por qué

los índices de mujeres con trastornos alimenticios y con el trastorno límite de personalidad son notoriamente más altos?

Tal vez si yo no hubiera sabido que era mujer, y la sociedad no me leyera como mujer, no habría tenido bulimia, o no habría estudiado una carrera donde el porcentaje de mujeres es mayor, o no habría elegido una profesión (profesora) en la que las mujeres abundan, o no habría...

Hoy, la palabra mujer no sólo está en la teorización de constructos sociales. Me habita en mi cuerpo, en mis ciclos, en mis ideas, en mis emociones, en mis actos. Dejo de pelearme con ella e intento quitarle lo que los demás le han puesto y sus expectativas; la descubro como mía y la re-significo.

Número de ejercicio: 12

El salvador inexistente

Siempre he creído que sólo alguien más era capaz de salvarme. Salvarme de la vida, de mí misma, del futuro, del pasado, del presente. Me he obsesionado con cada persona que parecía ser el perfecto, así fuera imposible, amigo o pareja. Pasé la mayor parte de mi vida sentada, esperando a que llegara.

Es difícil mencionar todos los nombres. Duele saber qué desperdicié tanto de mí y mi vida tratando de convencerme de que era bonita y especial para alguien.

El recuerdo más lejano es Josué, un güerito al que le pedí en una kermés del kinder que se casara conmigo; corrió detrás de su mamá y le mordió la mano mientras le decía que por favor no. Quiero pensar que huía de la idea del matrimonio y no de mí.

En la primaria fue Carlos Isaac, el niño de tez blanca y cabello negro más desastroso

del salón. Maldito estereotipo del chico malo. Un 14 de febrero le hice una carta súper cursi y me pidió ser su novia. A las dos horas me enteré que lo hizo porque mis “amigas” se lo pidieron. Corazón roto. Obviamente no es que a él le hubiera nacido creer que yo era bonita. En el último año igual me gustó el niño malo del salón, Ricardo, pero esta vez supe mantener mi distancia.

Y claro, también estuvieron los amores “platónicos” como Goku o Alf. Yo no lo recuerdo, pero dice mi madre que decía que aquel extraterrestre peludo de la tele era mi novio.

Después vino la secundaria y fue el declive de mi salud mental, si es que alguna vez la tuve. La escuela de puras mujeres no me salvó de los problemas del corazón; y no, sobre Oriana escribiré al final. No recuerdo si estaba en 2º o 3º cuando apareció VR. Él iba en vocacional pero andaba con una chava del salón. Una amiga me lo presentó porque le gustaba Rammstein, como a mí. De hecho después anduvo con esa mejor amiga; por esa razón no podía confesar que me gustaba, pero en serio me encantaba. Me deprimí mucho porque yo sabía que nunca se fijaría en mí. Una vez platicando en broma lo calificué con 9.8 y él a mí con 8. Intentó ser amable.

VR hablaba de su amiga “navaja” en momentos de depresión. Un par de compañeras lo empezaron a imitar porque él era el centro de atención. Yo de tonta quise ser parte de, y también lo hice. Ellas se hicieron rasguñitos y fue sólo unas semanas. Yo lo he seguido haciendo por más de 10 años y tengo horribles cicatrices en los brazos. Esa época yo pensaba en el suicidio y escribía su nombre hasta atrás de mi cuaderno.

Al mismo tiempo, en el 2005, a mi hermana le empezó a interesar la cultura japonesa. Conoció una banda de música que vendría a México y decidimos ir a verlos a una convención de anime. Fue el 5 de mayo del 2005 (la maldición del 5). Fuimos al escenario temprano para estar hasta adelante, y ahí escuchamos dos

bandas antes. Estoy casi segura que también eran las 5 de la tarde. El vocalista de la primera traía una falda negra (?) y camisa roja. Pasó la otra banda, un grupo de coreanos cuando no estaban de moda, y la banda principal. La pasé bien. A la salida vi a aquel sujeto de falda que cantaba. Recuerdo que lo saludamos. En mi casa busqué información y lo encontré en un grupo de yahoo.

El sueño del ángel; y en serio creí que A. iba a ser mi salvación. Le empecé a hablar y desde el inicio le dije que me encantó su presentación y tal. Empezamos a hablar y me obsesioné al punto que aún he soñado con él. Muy delgado, rasgos finos, cabello largo, ojos profundos. Tenía 10 años más que yo y una novia lindísima.

Hablábamos. Llegué a hablar con él por teléfono 8 horas (en la madrugada con voz bajita, mientras todos dormían y desaparecía mi fobia social). Sabía que nunca me iba a hacer caso, pero no me importaba. Imprimía nuestras conversaciones para leerlas una y otra vez. Anotaba cada plática o cada vez que lo veía. Tenía fotos con él e incluso su autógrafo. Empecé a estudiar japonés donde él lo hizo, entré a la prepa donde él estudió y estuve a punto de meterme a Sociología cuando supe que él estuvo un semestre en esa carrera. Lo imitaba a él y a su novia y pasaba día y noche soñándolo.

En esa temporada hubo otros intentos de búsqueda de salvador: JL, que terminó andando con mi hermana; o KH, el vocalista de otra banda que vivía en Nayarit; o un chileno que se burlaba de mí diciendo que vendría a México sólo a conocerme porque era la mujer más hermosa que había visto (también me decía que los vampiros existían, y yo le creía porque le creo a cualquiera que me hable bonito); o un tal Chuy que fue mi ciber-novio hasta que conoció a una chava real que le hizo caso; o un tipo que me invitó a salir pero le dije que estaba profundamente enamorada de alguien más; o mi amor obsesivo con un guitarrista japonés que se vestía de mujer.

En el 2007 la historia de A. se entremezcló con alguien más: EC. Lo conocí en la prepa y le empecé a hacer la plática porque me parecía guapísimo. Seguía mi patrón de hombre delgado con rasgos finos y tez blanca; además de ojos verdes y cabello castaño claro. Usaba siempre una gabardina negra y lo veía en la biblioteca; creía que era súper intelectual, pero resultó ser raro, fanático religioso y algo perverso. Él tenía una ciber-novia que respetaba (?) y me hizo sufrir mucho al principio. No sé por qué en algún momento decidió ser mi novio y me dio mi primer beso.

EC era mi esperanza de una vida mejor y olvidar a A. No recuerdo mucho ahora, sólo que él era súper frío y me escondía de sus amigos (sólo podía abrazarlo a la salida de la escuela, cuando caminábamos entre las calles). Aunque también lo recuerdo escribiéndome un poema y preocupado por mis cicatrices. Lo que es interesante es que a la semana de empezar a andar empecé a vomitar lo que comía.

Mientras andaba con EC yo seguía amando a A. en no tan secreto. Las fechas se entrecruzan. Me cortaba y vomitaba casi todos los días. Le presenté a A. a mis mejores amigas de la prepa y él decidió que era buena idea mandarle mensajes coquetos a una, y ella seguirle el juego. Las odié. Me odiaba.

En mi cumpleaños número 17 fui a una fiesta de Halloween de una amiga en común con A. Hoy sé que no tuvimos sexo porque él sabía que siendo yo menor de edad se pudo meter en problemas; pero sí me besó y me acarició “de regalo de cumpleaños”. Creo que fue muy injusto cuando él sabía lo que yo sentía y por lo que pasaba. Quedé más confundida. Se lo conté a EC y me perdonó; pero todo empeoró.

Al mes, una noche de diciembre le dije a A. que no podía más, que la depresión y la bulimia me estaban matando, que necesitaba que me ayudara. Su amable respuesta fue que si quisiera matarme ya lo hubiera hecho. Hoy creo que fue un maldito. Me despedí, corrí al baño y me tomé una caja de cafiaspirinas mientras me

cortaba cada vez más profundo en los brazos. Intenté acostarme y esperar a ver qué pasaba pero estaba muy mareada. Regresé al baño y decidí que quería morir, pero no así. Intenté vomitar pero el sabor y la sensación eran insostenibles. Desperté a mi mamá a las 3 de la mañana y fuimos al hospital para mi lavado estomacal.

Cuando regresé a mi casa le mandé un mensaje a A. y a EC contándoles lo que pasó. Ambos se enojaron. A. me odió, porque además mis “amigas” y él descubrieron un blog que usaba a modo de diario donde decía que las odiaba y les deseaba lo peor por traicionarme. A. se fue y yo no quería estar viva. Me odiaba por no haber tomado dos cajas y haber despertado a mi mamá; pero estaba demasiado vigilada para intentarlo de nuevo.

Me aferré a EC porque no tenía nada más en la vida pero él me decía que cuando terminara la prepa (Él iba un año adelante que yo) se iría a Querétaro y lo nuestro no tenía sentido. No se fue y nuestra relación siguió de manera intermitente por uno o dos años más.

En esa misma época, en mi último año de prepa busqué nuevos salvadores. Me enamoré de CV, quien ahora es de mis pocos amigos, pero era demasiado anarquista (y ahora sé, demasiado gay para querer algo parecido a una novia) quien al menos él me motivó a volverme vegetariana. Pero también me enamoré de EJ, quien era mi mejor amigo en esos años.

Hablaba con EJ día y noche. Nos dábamos regalos y cartitas; pero él estaba enamorado de otra amiga. Un 14 de febrero me le declaré, el mismo día que empezó a andar con otra tipa que no era la que le gustaba. Recuerdo llegar a mi casa y romper con tanto coraje la carta y la paleta que me dio. Le pedí que se alejara y eso hizo. También sufrí mucho. La última vez que lo vi fue hace dos años; aparece y reaparece en mi vida. Tiempo después de salir de la prepa supe que yo también le gustaba, pero le daba miedo mi obsesión con A. y mi autodestrucción. No lo juzgo.

Las últimas veces que lo he visto ha intentado acostarse conmigo sin éxito.

Cuando salí de la prepa volví a ver a EC. Nuestra relación intermitente me hacía creer que aún podía funcionar. Imaginaba mi primera vez con él y que podíamos ser felices. Aquella vez me dijo que tenía meses en un seminario para ser sacerdote católico. Fue un shock muy fuerte para mí. ¿Y yo? ¿Por qué no me había dicho antes? Mis sueños de regresar y ser la pareja ideal se esfumaron. ¿Qué iba a ser de mi vida?

En esa época empecé a juntarme con la hermana de VR, el de la secundaria, que ya no me gustaba. Vivían cerca de mi casa y era mágico que me incluyeran en su grupo de amigos. Sentía que pertenecía a un lugar, podía ir y ver películas y era divertido.

A las semanas de enterarme de lo de EC, hicieron una fiesta con pretexto de las posadas. Fui porque estaba muy deprimida y necesitaba salir. Bebí mucho alcohol. En la fiesta había un tipo que le tiraba la onda a unas tipas que nunca le hicieron caso. Cuando terminó y todos se fueron a su casa, excepto los que pasaríamos la noche ahí y yo era la única mujer que seguía, se acercó y me besó. Necesitaba sentirme especial, así que cedí. Mi amiga me dijo que tuviera cuidado, que no era un buen chico, y que ya había andado con ella y otra de sus amigas. Estaba muy ebria para asimilar esa información. Terminé en un baño, diciéndole que no, y teniendo una experiencia desagradable. Recuerdo irme en la mañana sintiéndome culpable, mal, sucia y diciéndome que oficialmente sería lesbiana.

A los días me sentía más tonta que otra cosa. Mis amigas y ese grupo era del tipo de personas que en las fiestas terminan todos teniendo sexo en los sillones y yo ahí, virgen y asustada haciendo el ridículo.

Me obsesioné con JO a pesar de lo patán que fue desde el primer día. Incluso cuando lo agregué a FB dijo no recordar mi nombre, y supe que a mis amigas les

dijo que yo era muy fea. Volvimos a acostarnos alguna vez, en mi intento por compensar aquella primera experiencia catastrófica, pero resultó peor y aún tengo asuntos por resolver en terapia.

Le pagué boletos a conciertos con tal de estar con él, aunque ahí siempre terminaba liándose con otra chica a mi lado. Hablábamos todas las tardes por videollamadas mientras lo escuchaba cantar y tocar la guitarra, porque claro, también cantaba en una banda. La bulimia había disminuido, sin embargo, sus comentarios sobre su gusto por las chicas muy delgadas hicieron que volviera a afectarme mucho mi peso.

En esas fechas un chico comentó una foto de mi perfil de Facebook. Era ex—amigo de la prepa de JO. Comencé a tener pláticas subidas de tono con IP. Mis dos experiencias pasadas habían sido terribles, no me llamaba la atención el sexo, pero: 1. Había descubierto que era verdad que es lo que quieren los hombres, y 2. Tenía que demostrarme a mí y al mundo que no era un fracaso en la cama.

Anduve con él alrededor de cuatro meses. Yo en verdad creía que éramos novios y nos queríamos, a pesar de que nos veíamos dos veces al mes en un hotel, me escondía de su familia y amigos; y coqueteaba descaradamente con otras por Internet. Yo aceptaba ir al hotel porque después me escuchaba y me sentía querida.

Empecé a ponerme intensa y él huyó. Me dijo que tenía que irse y me bloqueó de todos lados. Tuve una crisis emocional muy grande, le llamaba como 30 veces al día esperando una respuesta. Una noche me contestó una tipa diciendo que lo dejara en paz, que él ya no me quería. Terminé en una sala de un hospital psiquiátrico donde me dijeron que no tenían camas disponibles, que buscara otro lugar o me mantuvieran en mi casa en vigilancia las 24 horas. Optaron por la segunda opción y así estuve uno o dos meses, en los cuales tenía ganas de acostarme con todo el mundo porque me odiaba y no sabía qué hacer, afortunadamente mi ansiedad social me impidió hacerlo y sólo conseguí algo similar una o dos veces.

Era febrero del 2012 cuando un tipo 10 años mayor que yo empezó a hacerme la plática, también por Facebook. Teníamos un gusto musical en común y ahí surgió todo. Nos quedamos de ver y terminamos en un hotel porque yo no sabía que había más opciones. No me atraía para nada físicamente, pero él estaba igual o más solo y necesitábamos hacer como que éramos queridos.

Estuve con AR casi dos años. De esa época recuerdo que me compraba muchas cosas, su familia me trataba genial y yo intentaba convencerme y convencer a todos que lo de afuera no importa y que lo amaba. La verdad es que cada vez que me quedaba en su casa tenía ataques de ansiedad por miedo a que quisiera tocarme. En algún momento EJ regresó y me arrepiento de no haberme ido con él; aunque tampoco es que EJ quisiera algo serio.

En agosto el 2014, estando ya en la Facultad vi a un tipo que me recordó a JO y le sonreí. Se acercó a mí porque estábamos en una clase en común y me tiró la onda. En esos mismos días AR me había querido forzar a tener relaciones y harta de todo me fui con PL.

Creo que el primer año de la relación yo era inmensamente feliz y creía que al fin había conocido qué era un noviazgo bonito y que alguien te quisiera. Y no es que él fuera una persona horrible, en realidad creo que hacía el tipo de cosas que hace el hombre promedio.

Descubrí dos veces que les mandaba mensajes bastante coquetos a otras morras (y debo dejar de revisar las cuentas de mis parejas porque sé que es violencia); su satisfacción en la intimidad era prioridad; yo le hacía las tareas y le daba dinero porque si no él no iba a la escuela; su familia me decía siempre con el nombre la ex (a la cuál él golpeaba); además, PL iba a un grupo de AA y su prioridad económica, de tiempo y de energía era eso. Intentaba convencerme de que yo fuera y hasta viví una “experiencia religiosa” ahí. Si quería pasar una tarde con él, tenía que ir al grupo

porque ir al cine o a otro lugar era visto como que a mí no me importaba su bienestar.

A los dos años, un día en el metro conocí a un tipo de la Facultad, menor que yo y de otra carrera. No sé exactamente qué pasó pero me obsesioné con él sólo porque un día platicamos sobre música en común y nos besamos. AM me parecía el chico más guapo y genial del mundo y hubiera ido a cualquier lado por él.

Le dije que dejaría a mi novio por él y me puse, como siempre, súper intensa. Él obviamente se asustó y me bloqueó de su teléfono y me ignoró cuando lo volví a ver en CU y le hablé. Creo que hasta hoy en día me ve y se cruza al otro lado de donde vaya.

Estando con PL me habían dado de alta de medicamentos psiquiátricos, pero con lo de AM tuve que volver a pedir cita. Perdí la cabeza, en verdad. Aunque creo que lo importante de esa experiencia fue darme cuenta que había más personas que podían gustarme y a las que podía gustarles. Tal vez es obvio, pero para mí fue un descubrimiento.

Yo estaba muy cansada de la relación con PL y estaba harta de hablar con él, pelear, pedirle que pusiera de su parte para mejorar la relación y que él me dijera que todo estaba bien. Así es como un día que yo lo esperaba en la Feria del Libro del Zócalo, enojados por no recuerdo qué, llegó alguien más a mi vida.

Sentada, mientras leía Edipo Rey se acercó un chico a decirme que no me moviera porque me quería dibujar. Hoy lo tomaría como acoso y me pondría pesada, pero en ese momento sentí algo mágico y lo dejé ser. Ambos tuvimos que irnos antes de que acabara el dibujo y nos despedimos con la certeza de que nos volveríamos a ver.

No sé cómo lo encontré en Facebook a los tres días y empezamos a hablar diario. Después de un par de meses de confusión y lastimarlos sin intención, terminé

definitivamente con PL y me hice novia de Arturo.

Leo mis palabras y no puedo creer que mi vida haya girado en torno a la aprobación masculina y la dependencia emocional; aunque también soy consciente que lo mío no es nada cuando escucho la experiencia de otras mujeres.

Hoy llevo más de dos años con Arturo y no se qué va a pasar. Probablemente no somos la mejor pareja. Yo con mis traumas, mi trastorno de personalidad y mi historial de depresión y bulimia; él con sus traumas y su actual depresión y problema de adicción.

Aún tengo conductas no sanas en la relación, y aún acepto cosas que reconozco como dañinas. En mi proceso como feminista lo más difícil ha sido la deconstrucción del amor romántico: el amor no todo lo puede, el sacrificio por amor es una trampa patriarcal, el complemento no existe, el amor de tu vida no es para siempre. No sé y no quiero pensar en eso. Hoy sé que puedo ser aceptada como soy, no tengo que fingir, no tengo que esconder las cicatrices y así puedo inspirar amor.

Intento mentalizarme de que algún día va a terminar, y tengo decidido estar un largo tiempo sola. Porque lo necesito, porque lo merezco. Porque ir de relación en relación me ha generado más conflictos de los que resuelve. También he pensado que quizá debo darme la oportunidad de estar con una mujer; nunca me acerqué a las chicas de las que me enamoré porque me sentía demasiado insegura para gustarles. Mis miedos y traumas me pedían esta imagen falsa de un protector.

Oriana en la secundaria, Beatriz, Andrea o Inés en la prepa, F (la hermana de VR), Liz saliendo de la Facultad, y hasta AO (la novia de A), todas ellas fueron enamoramientos que no me lastimaron. Sabía que nunca me iban a ser caso, pero las quise y a su manera me quisieron y fueron lazos muy lindos.

No estoy bien. Aún tengo miedos, tristezas y enojos. Cuando estoy aburrida me

pongo a buscar el perfil de Facebook de todos estos nombres y me pregunto si ellos me recuerdan. Hace apenas 3 años, el 5 de mayo del 2015, vi a Ángel en el metro y lo saludé y me puse muy nerviosa. Pero también aún creo que solamente juntos, Arturo y yo, podremos ayudarnos. Pero ya no quiero seguir basando mi vida en que alguien me vea, me quiera y me salve.